

LIBROS ENCUADERNADOS EN PIEL HUMANA

HOLBROOK JACKSON

Traducción de NURIA VILLAGRASA VALDIVIESO

MUCHOS amantes del arte ligatorio son tan perversos que sólo les complace lo que normalmente es inaccesible para los demás. Si está de moda la piel de becerro o la de marroquín, todos quieren la de foca o la de tiburón; prefieren las pieles de pitones y cobras frente a la popularidad de las de cordero o cerdo; y la belleza marfil de la vitela pierde su simplicidad mediante extraños tintes. Algunos intentan poseer al menos un libro encuadernado en piel humana, que exaltan desmedidamente por encima del resto. Este gusto no es apto para estómagos delicados, pero proporciona un placer extraño —y, para algunos, impuro— a aquellos a los que satisfacen las ideas atípicas y las experiencias curiosas y exóticas. Recientes estudios de psicología sitúan este gusto entre las aberraciones de la mente, y algunos, como Bloch, lo consideran fetichismo sexual. Por ejemplo, el pecho femenino es «un fetiche psicológico natural para el sexo masculino», pero aparte de esta atracción normal «existe una singular variedad de fetichistas del pecho que emplean el pecho separado del cuerpo para la encuadernación de libros»¹; y cita a Witkowski: «Existen algunos bibliomaniacos y erotómanos que poseen libros encuadernados en piel de mujer que toman de la zona del pecho de modo que el pezón forma una hinchazón característica en la cubierta»². Hay quien duda de la existencia de estas encuadernaciones y les

¹ Iwan Bloch, *Sexual Life of our Time*, 1909, p. 620.

² *Tétoniana*, París, 1898, p. 35.

resta importancia a estas leyendas, igual que a las anécdotas de pescadores, las historias de marineros o los cuentos de las ancianas. Confieso que estas historias no parecen creíbles, pero varios observadores de confianza han documentado bien la existencia de libros encuadernados en piel humana. Pero antes de exponer mis datos, permitan que me ocupe de la leyenda: oscurezcamos la verdad.

En todas las épocas de intensa agitación, como guerras, revoluciones, hambrunas y epidemias, los rumores desempeñan un papel fundamental en la distribución de noticias, como bien sabemos los que vivimos los peligros y ansiedades de la Primera Guerra Mundial. En aquellos días fueron muchos los que creyeron que durante el trágico otoño de 1914 se transportaron grandes ejércitos de rusos desde el puerto de Arcángel en Rusia hasta el norte de Escocia, y desde allí por tren hasta el sur de Inglaterra para embarcarse hacia Francia, con el fin de ayudar a nuestras apuradas tropas, que por entonces caían ante los alemanes en lo que parecía una retirada irrecuperable. Posteriormente se documentó que cuando nuestras tropas se encontraban en Mons recibieron la protección especial de huestes de ángeles que fueron vistas por muchos de nuestros soldados; y más tarde aún —lo que se aproxima más a nuestro tema— apareció en los periódicos la noticia de que, debido a la escasez de grasas y aceites, los alemanes habían organizado una gran fábrica en la que transformaban los cuerpos de los alemanes y enemigos muertos en esos materiales esenciales para la vida. Estas leyendas suelen circular en tiempos de tribulación y están tan cuidadosamente tejidas en la tela de todos los documentos que resulta imposible dilucidar dónde empieza la Historia y termina la leyenda. Algunas autoridades en la materia sostendrán que hay poca diferencia entre una y otra.

El hecho de que la piel humana se haya curtido en épocas modernas y remotas está bien documentado en la actualidad. Esta piel resulta dócil para el proceso de curtido igual que el cuero de cualquier otro animal, pero presenta claras diferencias de calidad entre una piel y otra, siendo algunas burdas y ásperas al tacto y otras suaves y lustrosas; y algunos de mis atentos lectores se sorprenderán al saber que los cueros difieren en grosor entre 4,2 y 3,5 milímetros³. El curtido aumenta el grosor y transforma una piel dura en un cuero suave y de grano fino. Aparentemente, expone Davenport⁴, parece de becerro, pero resulta difícil desprender el pelo completamente. Otra auto-

3 Villon, *The Leather Industry*.

4 *The Book*, p. 180.

ridad en la materia sostiene que se parece más a la de oveja con una textura firme y cerrada, suave al tacto y susceptible de un lustre fino. Otro afirma que es porosa como la de un cerdo. Puedo apoyar esta opinión a partir de mi propia observación de un trozo de cuero humano curtido en Londres hace unos treinta años y que actualmente se encuentra en posesión del señor Zaehnsdorf. Esta muestra recuerda a una suave piel de cerdo. Tiene casi 3,2 milímetros de grosor, pero Edwin Zaehnsdorf sostiene que el grano se asemeja más a la piel de marroquín que a la de cerdo. Para obtener un cuero utilizable, la piel humana «debe saturarse varios días en una solución fuerte de alumbre, vitriolo romano y sal común, secarse a la sombra y curtirse siguiendo el procedimiento habitual»⁵.

La primera referencia que he encontrado sobre el curtido de piel humana es una leyenda de Marsias, quien imprudentemente retó a Apolo en un concurso musical y, al perder, pagó la pena acordada de sufrir que le desollaran vivo. Algunos dicen que su piel se guardó en forma de vejiga o pelota, o como otros creen, de botella: «Me pueden despellejar vivo», dijo Ctesipo, «pero sólo si mi piel no acaba, como la de Marsias, en una botella de cuero, sino en un trozo de virtud»⁶. Una diligente leyenda de la época de la Revolución Francesa cuenta cómo se enviaban los cadáveres de los aristócratas a una curtiduría de Meudon, donde sus pieles se convertían en cuero y se utilizaban para encuadernar libros, además de para otros fines. Uno de los relatos más memorables trata de unos pantalones que se hicieron para un francés cuya criada había sido ejecutada por robo. Este ingenioso moralista nunca se cansó de denunciar a la chica y, después de cada diatriba, se golpeaba el trasero con gran satisfacción murmurando: «Pero aquí está la muy pícara, ¡aquí está!».

En 1684 Sir Robert Viner, el leal concejal de Londres, donó a la biblioteca Bodley «una piel humana curtida, junto con un esqueleto humano y el cuerpo disecado de un negro»⁷. William Harvey se presentó en el Colegio de Médicos con una piel humana curtida y también hay muestras en la Universidad de Basilea y en el Museo Fisiológico del Liceo de Versalles. En la Exposición del Centenario de América se exhibió una baraja de cartas de piel humana. Villon, en su obra sobre la industria de la piel, recoge que en el siglo XVIII se usaban pieles de indigentes para fabricar zapatos de niños en Tewkesbury, Massachusetts; pero que se abandonó esta costumbre por una

⁵ *The Footwear Organiser*, junio de 1925.

⁶ Platón, *Eusidemo*, Jowett, I, p. 210.

⁷ Macray, *Annals*, p. 154.

ley que penaba con cinco años de prisión el comercio de piel humana. Pero la historia de la piel más romántica corresponde al general Jan Ziska de Bohemia, que «quiso que se hiciera un tambor con su piel cuando muriera, porque creía que el mero sonido de éste haría huir a sus enemigos»⁸, tal y como conseguía su fama mientras vivía.

Así pues, una vez comprobado que las pieles humanas se han curtido y que pueden ser utilizadas, no resulta difícil ampliar su uso a otros fines y, teniendo en cuenta, como dicen los abogados, la estrecha relación que se da entre libros y hombres, el comportamiento humano, etcétera, me parece lógica —aunque macabra— la aplicación de este tipo de cuero en los libros. El desarrollo de esta práctica se vio impulsado en Francia por circunstancias económicas, así como de temperamento. El arte de encuadernar «desapareció durante la tempestad revolucionaria», dijo uno⁹, «y los libros se encuadernaban en piel humana»; y otra autoridad¹⁰ apunta que «un resultado de los horrores de la Revolución Francesa fue este macabro humor de encuadernar libros con la piel de seres humanos»; y todo el mundo recuerda el comentario de Carlyle que se cita en *Dr. Claudius*: «Los nobles franceses se reían de las teorías de Rousseau, pero sus pieles sirvieron para encuadernar la segunda edición de su libro»¹¹. Podría enumerar muchas más citas de este tipo, pero son suficientes, ya que no pueden contrastarse con pruebas y muchas autoridades de fiar —entre las que se incluye Sanson, el verdugo del Estado, en su *Diario*—, lo han desmentido. Por lo tanto, si la historia perdura, debemos llegar a la conclusión de que la mayoría de la gente prefiere la leyenda a la Historia: creen lo que prefieren creer.

De libros encuadernados en piel humana podemos encontrar muchos ejemplos en colecciones tanto públicas como privadas. En el Museo Carnavalet de París, Cyril Davenport¹² vio un ejemplar de la Constitución de 1793 encuadernado en la piel de un revolucionario; Dibdin menciona un ejemplar de la biblioteca del famoso coleccionista Dr. Askew, pero se olvida de nombrar el libro; otro historiador afirma que en Marlborough House hay un libro encuadernado en la piel de Mary Putnam, una bruja de Yorkshire¹³. Percy Fitzgerald tiene varios ejemplos: el del acta del juicio y ejecución de

8 Burton, *Anatomy of Melancholy*. Véase también Carlyle, *Frederick the Great*.

9 Philomneste Junior, *Bibliomania in the Present Day*, 1880, p. 16.

10 Percy Fitzgerald, *Book-Fancier*, p. 122.

11 Citado en *Book-Lore*, 1, p. 125.

12 *The Book*, p. 180.

13 Charles Gerring, *Notes on Bookbinding*, p. 19.

Corder, que había asesinado a Maria Martin en el Red Barn, encuadernado en la piel del asesino, curtida con ese propósito por un cirujano de Bury St. Edmunds. También cuenta la historia de los sonetos de un poeta ruso encuadernados en la piel de su propia pierna, que había sido amputada tras un accidente de caza, «para su presentación ante la dama de su corazón»; y finalmente comenta cómo un librero de St. Michael's Hill, Bristol, le enseñó a un coleccionista varios volúmenes que la Biblioteca de Derecho de Bristol le había enviado para arreglar. «Todos estaban encuadernados en piel humana, especialmente curtida para la ocasión, procedente de inculpados locales, desollados tras la ejecución»¹⁴. En los diarios de los hermanos Goncourt se hace referencia a «un virtuoso inglés que encuadernaba sus libros con piel humana»¹⁵.

Pero no sólo a nuestros compatriotas les gusta. El astrónomo francés Camille Flammarion felicitó en una ocasión a una bella condesa por el encanto de la piel de sus hermosos hombros. Cuando ella falleció, dispuso que curtieran la piel de sus hombros y espalda y se la enviaran a Flammarion en recuerdo de la admiración que sintió por su dueña. El astrónomo empleó una parte para encuadernar uno de sus libros más famosos, *Cielo y tierra*. Otro relato afirma que hace unos años un funcionario de la Escuela de Medicina de París hizo curtir la piel de Campi, un asesino ejecutado, y la usó para encuadernar los documentos de su autopsia¹⁶. André Leroy protegió unos pequeños trozos de la piel del poeta Delille con los que hizo unas incrustaciones en la suntuosa encuadernación de un ejemplar de las *Geórgicas*. Otros autores franceses, como Alfred de Musset, han manifestado su preferencia por este tipo de cuero, y no dudo de que en muchos países pueda rastrearse el gusto por las encuadernaciones en piel humana; pero como no estoy escribiendo un tratado sobre este tema, terminaré con el último ejemplo que he podido hallar. En 1891 un doctor encargó a Zaehnsdorf encuadernar un ejemplar de *Dance of Death* de Holbein en la piel de una mujer. La piel que he mencionado se curtió en Sweeting, en la avenida Shaftesbury, y los artífices que encuadernaron y doraron las letras en el volumen siguen vivos¹⁷. El pelo humano se usó apropiadamente para la cabezada del libro, en lugar de la seda. No se sabe dónde se encuentra actualmente ese volumen, pero se cree que en América.

¹⁴ *Book-Fancier*, pp. 122-123.

¹⁵ Citado en Saintsbury, *French Novel*, p. 461.

¹⁶ *Book-Lore*, p. 125.

¹⁷ 1928.